

LOS LÍMITES DE LA POLÍTICA

José WOLDENBERG^{*}

SUMARIO: I. *El impacto del desempeño económico*. II. *El lugar de los políticos*. III. *No hay bien que no genere mal*.

En relación a los políticos no sólo existe distancia o desencanto, sino incluso irritación. Basta abrir un periódico, escuchar la radio, ver la televisión o tocar el tema en el centro de trabajo o en una comida con los amigos, para corroborar la mala opinión que la mayoría tiene de los políticos. Las quejas y los reclamos conforman una letanía cansina y previsible. Aburrida, pues. Como consuelo de tontos podemos decir que no se trata de un fenómeno local, “nuestro”, sino que lo mismo sucede en los demás países de Latinoamérica, y para ello se puede consultar el informe del PNUD, *La democracia en América Latina*. Otro ejemplo: en una encuesta publicada por el Centro de Investigaciones y Estudios Sociales (CIES) de la República Dominicana la institución que menos confianza despertó en los entrevistados fue los partidos políticos (sólo 10.7% de los encuestados dijo depositar su confianza en ellos). Por debajo de las iglesias, los medios de comunicación, las fuerzas armadas, los bancos, los empresarios, la Suprema Corte de Justicia e incluso los policías. Triste y expansiva realidad.

Ahora bien, si no se trata de un fenómeno mexicano, si esa percepción se extiende por todo el continente latinoamericano, las preguntas pertinentes parecen ser: ¿por qué defraudan al público?, ¿no será que depositamos demasiadas expectativas en ellos?, ¿no estaremos pidiéndole peras al olmo?, ¿no nos estaremos equivocando cuando les exigimos a los políticos algo que quizá no puedan hacer?

Intento explicarme. Hemos considerado tradicionalmente a la política como la actividad capaz de transformar el “estado de cosas existentes”, es decir, como la práctica a través de la cual se decide lo fundamental de la vida en común. De ahí su centralidad, de ahí su importancia. Y por

^{*}Maestro en estudios latinoamericanos por la UNAM, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Director de la revista *Nexos*. Fue Consejero Presidente del Consejo General del Instituto Federal Electoral de 1996 a 2003.

supuesto los políticos aparecen como los agentes que encarnan esas posibilidades. ¿Pero realmente la política puede lo que imaginamos?, ¿es hoy una gran palanca para la transformación o siquiera un buen instrumento para la conducción de los asuntos públicos?

Sostengo que la política sigue siendo imprescindible para la conducción de la vida en común, para la expresión y convivencia de la pluralidad, para ofrecer cauce al procesamiento de los conflictos sin fin, para atender las carencias y rezagos sociales, para trazar rutas y programas, etcétera. Pero debemos afrontar que la política, como cualquier otra actividad, no sucede en el vacío, sino que se despliega encuadrada en límites. Vayan, pues, unos apuntes en ese sentido.

I. EL IMPACTO DEL DESEMPEÑO ECONÓMICO

En México, durante largos cincuenta años la expectativa de los padres fue que sus hijos alcanzarían un mejor nivel de vida que ellos, y esa ilusión, en lo fundamental, se cumplía. En los últimos veinte años esa expectativa se ha convertido en su contraria: se espera que los hijos vivan peor que los padres, y por desgracia, en la mayoría de los casos se cumple. Una explicación fundamental se encuentra a la mano: entre 1933 y 1981 la economía mexicana creció a una tasa anual promedio del 5 por ciento. De 1982 a la fecha el crecimiento promedio anual ha sido de alrededor del 2 por ciento.

José I. Casar y Jaime Ros nos recuerdan que entre 1940 y 1981 el PIB por habitante creció en 3.2 por ciento anual. Mientras que de 1982 al año 2003 lo hizo sólo al 0.6 por ciento.¹ Algo similar nos informa Carlos Tello Macías. El crecimiento del PIB por persona anual por quinquenios fue el siguiente. Entre 1965 y 70, 3.5 por ciento, entre 71 y 76 3.0, entre 77 y 82 3.3, y a partir de ahí un quiebre espectacular: entre 83 y 88 -2.1, entre 89 y 94 1.9, entre 95 y 2000 1.6 y de 2001 a 2003 -1.5.²

De tal suerte que las posibilidades de mejorar las condiciones materiales de vida se han trastocado de manera profunda. De un largo periodo de crecimiento económico sostenido que suponía un progreso en la situación de las familias pasamos a un estancamiento que produce erosión de la vida diaria. Y por supuesto, con ello también los humores

¹ CASAR, José I. y Jaime ROS, “¿Por qué no crecemos?”, *Nexos*, México, octubre 2004, p. 57.

² TELLO MACÍAS, Carlos, “Transición financiera en México”, *Nexos*, México, agosto 2004, p. 22.

públicos han cambiado. En términos personales, pero también sociales, las expectativas, las ilusiones, las perspectivas, tienen un peso fundamental en las conductas. Unas serán el resultado de aspiraciones que de manera gradual se cumplen (por ejemplo, la aspiración de elevar el nivel de escolaridad de los hijos) y otras, por supuesto, la de ensueños que se frustran (por ejemplo, la idea de que luego de un título universitario las posibilidades de un empleo digno se encontraban aseguradas).

Durante la fase de crecimiento millones de personas fueron incorporadas a un empleo productivo y/o formal, se expandió la educación, el sistema de salud pública se amplió, los servicios en las ciudades (drenaje, pavimento, luz, etc.) se multiplicaron, y la sensación de una mejoría paulatina pero real impregnaba el espíritu público. El cine, la televisión, la radio, recreaban ese sentimiento. El optimismo era el estado de ánimo predominante. Las clases medias crecían y su expansión era el anuncio del nuevo México. En los años cincuentas “aparecieron los primeros suburbios así como los televidentes, como se llamó a los espectadores de la novedad tecnológica. En algunos los cincuenta crearon la sensación de estar a las puertas del paraíso, y en otros la de estar cerca, cuando menos. Una meta era vivir bien; no la buena vida, sólo vivir bien, rodeado de consolas y aparatos de televisión, lavadoras y alfombras de pared a pared y salas modulares y plásticos, acrílicos, cromos, neones”.³

Período de confianza y grandes esperanzas, de futuros promisorios y bienestar que se extendía. Escribe sobre aquellos años Serge Gruzinski:

La ciudad (de México) respira entonces, al menos en apariencia, una modernidad controlada. En el sur, en sólo cuatro años (1948-1952) la Ciudad Universitaria surge de la tierra y transforma la geografía de maestros y estudiantes, al mismo tiempo que promete educación para la mayoría. Levantada a principios de los años cincuenta, la torre latinoamericana rasga el cielo y materializa el dinamismo urbano. Su verticalidad rompe con la horizontalidad que aún domina la ciudad. Símbolo del progreso, de la norteamericanización a todo galope, proeza técnica a prueba de los futuros terremotos... Sueño de un crecimiento que nada podría detener y de una apertura hacia el resto del mundo. Octavio Paz puede escribir: ‘Por primera vez en la historia, somos contemporáneos de los demás hombres’.⁴

³ SABORIT Antonio, “Prólogo” al libro de Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, CONACULTA, México 1996

⁴ GRUZINSKI, Serge, *La Ciudad de México: una historia*, FCE. México. 2004. p. 29-30.

Aquel crecimiento nunca fue igualitario. Por el contrario, el crecimiento fomentó abismales desigualdades. Pero cada familia al compararse contra sí misma observaba una mejoría. Y al parecer, aquello era suficiente para inyectar dosis de satisfacción en la vida social.

En suma, el país generó una espiral de crecimiento económico, contento y coloridas esperanzas. Incluso el formato autoritario de la política y la vida social parecían reciclarse y sólo algunas franjas de la población se inconformaban contra el verticalismo y la opresión. (No resulta casual que el fenómeno antiautoritario creciera hasta volverse un poderoso movimiento social y político precisamente durante la etapa de parálisis económica).

Pero las sucesivas crisis, el estancamiento, han tenido un impacto desgarrador. El trabajo informal crece como una mancha imparable, la educación pública se deteriora y de facto asistimos a una escisión profunda entre la educación pública y la privada (ambos circuitos se separan hasta configurar una ruta para los pobres y otra para las capas medias y altas), los servicios de salud se deterioran, no se genera empleo suficiente, y la irritación social crece y todo lo inunda.

No hay que buscar muy lejos. En las calles, las oficinas, las fábricas, los comercios, el humor público es ácido. El malestar se reproduce y las relaciones entre desconocidos suelen ser tensas. El día a día es arduo y las ilusiones resultan escasas.

Basta asomarse a nuestros medios de comunicación. La irritación es un común denominador. La majadería y el insulto son moneda de curso común. El presente es gris y el futuro pinta peor. La complejidad de los problemas desaparece y es sólo la incompetencia, la tontería, la corrupción de los políticos la fórmula cansina para explicar nuestros males. El espíritu público expresa desencanto, cansancio, malestar.

Es difícil —imposible— resignarse a ver el deterioro de las condiciones de vida, asimilar que la suerte de los hijos será peor que la de los padres, y por ello, si bien el proceso de cambio democratizador puede explicarse por la lógica misma de la política, no debe perderse de vista que en el trasfondo y como acicate se encontraba una economía estancada con sus fuertes efectos en los humores públicos.

De tal suerte que el crecimiento económico no es sólo una necesidad para atender las graves carencias materiales en la que transcurre la vida de millones de mexicanos, sino también resulta imprescindible para recuperar un espíritu público que haga que la vida en sociedad esté menos cargada de cólera y malos humores. Y por supuesto, la palanca

de la política económica eventualmente puede revertir ese proceso de desgaste.

II. EL LUGAR DE LOS POLÍTICOS

¿Qué pueden y que no pueden hacer los políticos? Parece una pregunta pertinente. Más aún si se trata de políticos que actúan en un marco democrático.

Por un lado, la política democrática, por su propia naturaleza construye un sistema de pesos y contrapesos, que tienen la enorme virtud de acotar a todos y de lograr que ninguna voluntad por sí misma pueda imponerse a las demás. Esos equilibrios connaturales a la democracia dificultan el procesamiento de cualquier proyecto y en buena hora que así sea. Pero, para decirlo de una vez, hacen más compleja la política fijándole límites. Es decir, unos políticos limitan a otros, unas instituciones a las de enfrente.

Pero no sólo la naturaleza de la democracia acota a los políticos sino que el entramado extra político en el que se desenvuelven tiende a debilitarlos. Desde la sociedad emergen viejos, nuevos y robustecidos poderes que en ocasiones pueden más que los propios políticos. La capacidad de iniciativa y decisión, a través de las instituciones del Estado, enfrentan poderes fácticos que son más fuertes que ellas. Los grandes grupos económicos o financieros, las empresas transnacionales, los medios de comunicación masiva, hacen gravitar sus intereses y visiones de tal suerte que a la política, y por supuesto a los políticos, les cuesta gobernar en el sentido profundo de la palabra. No es su voluntad la preeminente, no son sus proyectos los centrales. Son unos actores más y no siempre los estelares.

Si a los equilibrios que genera la democracia y a los poderes fácticos les sumamos: *a)* las inercias propias de toda gestión burocrática (las que se reproducen en las propias dependencias públicas); *b)* los circuitos especializados donde se concentra el conocimiento técnico (lo mismo los departamentos jurídicos que el manejo presupuestal, por sólo ilustrar con dos ejemplos); y *c)* el peso de los gremios con su lista de exigencias puntuales e interminable (productores de azúcar contra los de la fructuosa o poseedores de automóviles importados contra la industria de los producidos en México, para ejemplificar con casos “menores”), los márgenes de los políticos tienden una vez más a achicarse.

Además, en el terreno de las imágenes públicas, los políticos aparecen como figuras acartonadas, rígidas, porque sus rituales, marcados necesariamente por el formalismo, se alejan todos los días de los “usos y costumbres” modernos que son modelados por las fuerzas de la cultura, es decir, por el lenguaje de la música, el oropel del espectáculo, las modas efímeras, el brillo del deporte. Son las figuras menos atractivas que aparecen en los medios. Y si ello fuera poco, se les demanda todo y pueden poco.

Los políticos actúan dentro de una constelación de fuerzas y no se encuentran solos en el escenario. Mantienen el aura de que su labor es definitiva para la convivencia social y el desarrollo de un país, pero se encuentran acotados, restringidos, por poderes fácticos, rutinas democráticas, inercias sociales e institucionales, intereses gremiales, redes de conocimiento especializado y organismos multinacionales. Por ello, da la impresión de que la política juega un papel subordinado en esa mecánica de fuerzas en despliegue. No guía, es guiada.

Entonces, los márgenes en que transcurre la política son estrechos, la capacidad de decisión se ve coartada o modulada por poderes económicos y sociales por encima de los representantes populares, la política se consume a sí misma en sus rituales mientras su capacidad de conducción es escasa. Total: la política parece no tener la fuerza que imaginamos ayer.

¿Esta muriendo entonces la política? No. Sigue siendo imprescindible para mantener la cohesión de las sociedades, para que la vida en común pueda reproducirse sin violencia extrema, para que no sólo sean las “fuerzas del mercado” las que gobiernen los destinos de una comunidad, para ofrecer sentido al presente y diseñar un esbozo de futuro, en suma, para ordenar la vida pública y la complejidad de la vida a secas.

Pero quienes son sus agentes —políticos, partidos, congresos, gobiernos— no son entidades todopoderosas, cuasi milagrosas, capaces de satisfacer nuestras, por supuesto, grandes expectativas. Apenas instituciones o agentes con posibilidades de coordinar esfuerzos, trazar proyectos, conjugar voluntades, atender problemas, explotar recursos, aprovechar oportunidades, en el marco de sociedades que si bien son medianamente conducidas desde la política, también lo son desde otros ámbitos, en ocasiones más poderosos que la política misma.

Requerimos entonces políticos que asumiendo los estrechos límites en los que actúan sepan explotarlos.

III. NO HAY BIEN QUE NO GENERE MAL

Surge entonces de manera recurrente la pregunta: ¿Cómo elevar la calidad de la política?, ¿cómo incrementar la responsabilidad de los políticos? Vuelvo al tema: Diversas encuestas ponen de manifiesto que si bien la mayoría de los ciudadanos desean vivir en democracia, paradójicamente ponen muy malas calificaciones a los actores e instituciones que la hacen posible (los políticos, los partidos y los Congresos).

Vale la pena preguntarse: ¿la calidad de la política es hoy inferior a la del pasado?, ¿la responsabilidad de los funcionarios se ha incrementado o ha decrecido? Sostengo que las condiciones en las que transcurre la política en nuestro país hoy son mejores que las de ayer, pero la imagen de la misma se ha deteriorado sensiblemente. Parece contradictorio... pero quizá no lo sea.

Sólo un auténtico contexto de exigencia logra incrementar de manera sustantiva la calidad de la política y la responsabilidad de los políticos. Y ese “contexto de exigencia” tiene que ver por lo menos con cuatro variables: 1) los pesos y contrapesos que existen o no en el entramado estatal; 2) la capacidad que tiene el ciudadano para exigir información y rendición de cuentas; 3) el comportamiento de los medios de comunicación; y 4) la fortaleza de la sociedad civil.

En relación a los cuatro tenemos novedades nada despreciables que tienden a elevar el nivel de exigencia hacia los políticos: *a)* la coexistencia en las instituciones del Estado de la pluralidad política, *b)* las leyes e instituciones que tienen que ver con la transparencia de la información, *c)* el incremento de la libertad de expresión y *d)* el surgimiento de nuevas agrupaciones y agendas desde la sociedad.

1) Hace 25 años las instituciones del Estado eran habitadas por funcionarios y representantes de una sola fuerza política. Prácticamente todos los cargos importantes eran ocupados por los militantes de un solo partido, el PRI. Pero la transición democrática modificó de manera radical esa realidad. Ahora el mundo de la representación política es plural, el Presidente coexiste con un Congreso donde él y su partido no tienen la mayoría y eso le sucede también a un buen número de gobernadores; en los estados de la república suele haber presidentes municipales de tres, cuatro, cinco y hasta seis partidos diferentes. En fin, que los pesos y contrapesos que se han forjado en los últimos años resultan una novedad venturosa. Porque el nuevo equilibrio de fuerzas construye un espacio estatal más vigilado, menos impune, sujeto al escrutinio de unos y otros. Pensemos, por ejemplo, en la forma en que se evaluaba

la cuenta pública ayer, y la forma en que se hace hoy, para tener una idea de que actualmente existen condiciones mejores para el escrutinio y la rendición de cuentas en el espacio estatal.

No obstante, la imagen que se proyecta no es esa, sino la de una clase política enredada en acusaciones mutuas y diestra en utilizar las nuevas realidades para erosionar al adversario. De tal suerte que la inédita correlación de fuerzas si bien sirve para la vigilancia mutua, es explotada sobre todo para la descalificación del contrario.

2) La multiplicación de leyes e instituciones que obligan a las autoridades a responder con información a las demandas de los ciudadanos, parece un instrumento inmejorable para trascender la opacidad con que a lo largo de los años se desplegaba la gestión pública. Aunque hoy parezca increíble, durante décadas la información pública fue más bien privada y el acceso a ella dependía del humor del funcionario en turno. Hoy no. Gracias a las innovaciones normativas e institucionales existe la garantía de que la demanda de información debe ser atendida, y si eso no sucede el demandante tiene la posibilidad de recurrir a diversos institutos (el Instituto Federal de Acceso a la Información Pública a nivel federal y los institutos estatales).

Esas reformas resultan inmejorables para exigir rendición de cuentas y esa mecánica debe fortalecerse. No obstante, parecería que el “juguete nuevo” se explota y adquiere visibilidad cuando aparecen resultados escabrosos, cuentas deficientes, operaciones truculentas, de tal forma que la fórmula diseñada para reclamar y obtener información también coadyuva a la erosión de la imagen de la política.

3) Los medios de comunicación ejercen hoy una mayor libertad. De la subordinación al poder público han pasado a diseñar por sí mismos sus políticas de información, y esa es una muy buena noticia. Los rastreos e investigaciones que aparecen en la televisión, la radio y la prensa de manera regular resultaban impensables en el pasado, y buena parte de los escándalos que han sacudido a nuestra sociedad tienen que ver con la visibilidad que a través de los medios han adquirido los casos de políticos involucrados en actos de corrupción. Ello por supuesto también eleva el listón de exigencias hacia los políticos.

No obstante, da la impresión que los medios no han logrado trascender el nivel de la nota amarilla y mantienen inhibidas sus potencialidades pedagógicas, es decir, sus capacidades para hacer inteligible la vida política. Montados sobre el escándalo, son ineficientes para explicar y ofrecer sentido a lo que acontece en el escenario político.

4) En los últimos años se ha gestado una sociedad organizada más demandante que la del pasado. Organizaciones y redes de todo tipo (feministas, de defensa de los derechos humanos, ecologistas, etcétera) se han sumado a las tradicionales (empresariales, sindicatos, agrupaciones agrarias, etcétera) y en conjunto crean una trama capaz de desplegar agendas diversas que obligan a las autoridades a por lo menos estar atentas a esas reivindicaciones. Ello hace que los funcionarios y políticos no actúen en un espacio vacío. No obstante, todavía tenemos un déficit en la materia. Nuestra sociedad civil es débil y sobre todo desequilibrada. Los intereses de unos cuantos suelen gravitar con mayor fuerza que los de amplias capas de la población. Pero además, parece ser que el resorte mejor aceitado de esa sociedad civil es el de responsabilizar al Estado de todo lo que ocurre, de tal suerte que cada nueva demanda, cada nuevo problema tiende a subrayar incapacidades (reales o ficticias) de las instituciones del Estado.

Esas novedades —la inédita correlación de fuerzas en el entramado estatal, el acceso a la información pública, la libertad que hoy explotan los medios y una más robusta sociedad civil— crean mejores condiciones para exigir cuentas a los políticos, pero paradójicamente al mismo tiempo construyen la imagen de que hoy la política es más ineficiente y los políticos incapaces.

Insisto: la actividad política sigue contando con palancas importantes para resultar relevante. Aquí sólo hemos tratado de llamar la atención sobre una cara que muchas veces queda oculta: la de sus límites.